

Con la **música** a otra parte

ESPECIAL SERIES MUSICALES

Otra vez el país del norte nos sorprende renovando la pantalla chica. Las series musicales **Glee** y **Smash** causan furor. Los asiduos espectadores de las ficciones americanas sospechan que se trata del nuevo género que no solo renueva la televisión, sino que, además, inunda las bateas de las pocas tiendas de discos que aún quedan en pie. Estas series están revolucionando la narrativa televisiva. Se proponen –y muchas veces lo logran– articular la trama y el crescendo dramático alrededor de números musicales. Chau, *Friends*. Chau, *Lost*. ¡Bienvenidos, musicales!

GLEE

LA FELICIDAD TIENE CARA DE CANCIÓN

¿Por qué una serie sobre adolescentes, a primera vista bastante tonta y llena de lugares comunes, ha capturado a miles de seguidores en todo el mundo? La respuesta está en la música. En una época en la que es difícil encontrar musicales en la cartelera cinematográfica, la serie estrenada por la cadena Fox en el 2009 (y que ya lleva 4 temporadas en el aire con récord de audiencia) logró trasladar con éxito este género a la pantalla chica. Anteriormente otros programas habían intentado introducir cantos y bailes en las ficciones semanales, pero ninguno lo había conseguido de forma tan rotunda, con tanta aceptación de público y con continuidad. Los musicales parecían ser cosa del teatro, del cine o, a lo sumo, de algún show televisivo dedicado a la platea infantil.

Y entonces llegó *Glee*. Su trama, simple pero empática, se centra en un grupo de adolescentes de la preparatoria de un pequeño pueblo de los Estados Unidos. Estos *losers*, menospreciados por el resto de sus compañeros, encuentran en la música y en el grupo coral una vía de escape para sus frustraciones y sus anhelos. Están allí todos los arquetipos a los que las tiras juveniles nos tienen acostumbrados, aunque ahora insertos en una narración que, abrazando las convenciones genéricas, utiliza la exageración, la ironía y el doble sentido, asumiendo y evidenciando así su condición de clisés. Coordinado por un frustrado aspirante a estrella devenido maestro de español, el coro está (des)compuesto por un grupo de chicos que se escapan de la estética *High School Musical*: uno

en sillas de ruedas, una gótica y tartamuda, un líder demasiado alto para bailar bien, una diva excedida en peso, un gay fashion-adicto y otra futura estrella irritante y narigona. A veces la unidimensionalidad de los personajes hastía, pero logran redimirse al fin cuando cantan. Tampoco faltan en el show los romances juveniles (por ejemplo, entre Finn y Rachel, la estrella de fútbol americano y la chica talentosa poco agraciada) o el amor imposible (entre Will, el profesor del coro, y Emma, la consejera estudiantil). Eso sí, estos son siempre amores ATP, adecuados para la sensibilidad de la mayor parte del público de esta serie, que se compone sobre todo de niños y adolescentes. Los capítulos se arman alrededor de las canciones y las coreografías interpretadas por estos actores (desconocidos ▶





► hasta ahora en el medio), que, haciendo gala de voces increíbles, trabajadas con certeros arreglos armónicos, logran infundir emoción y dinamismo a una historia proclive a caer de tanto en tanto en el facilismo. Cuando las cosas se ponen difíciles —o no tanto—, el grupo canta y baila un surtido de canciones de todos los tiempos y de todos los géneros. Canciones agrupadas bajo una temática particular en cada episodio, ya sea que éste se encuentre dedicado a homenajear a un artista (como lo fueron los capítulos dedicados a Madonna y a Britney Spears), que se celebre un álbum (*Rumors*, de Fleetwood Mac) o una película (*The Rocky Horror Picture Show*), que se focalice en canciones con mala reputación o que simplemente llevan la palabra "hello" en su título. "Cada episodio tiene un tema central. Luego de escribir el guion, elijo canciones que ayuden a que fluya la historia", explicaba, en una entrevista para *The New York Times*, Ryan Murphy, uno de los creadores de la serie y el responsable de la elección de cada tema que se escucha en el programa. Lo que tiene de especial *Glee* es que muchos de sus números musicales son realmente buenos. Es un programa que no tiene miedo de jugársela y por eso excede los límites de la verosimilitud, al

traspasar aquellas barreras que constreñían a otras series musicales (como pasó con *Fama* en su momento), y al obligarlas a justificar cada cuadro musical a través de la preparación de algún espectáculo o de la educación de los artistas. Aquí las cosas también comienzan en las cuatro paredes de la sala de ensayo, pero pueden ir a parar a cualquier lado. Y eso es lo más divertido de ver.

La diferencia entre ésta y otras ficciones televisivas anteriores es que la música no es un accesorio, un detalle decorativo. Por eso *Glee* acierta a pesar de su exacerbada buena conciencia americana, políticamente correcta, y a pesar de alguna pobreza argumental o de la llanura de varios de sus personajes (no así de los interpretados por los protagonistas: especialmente hay que destacar la gran labor cómica que lleva a cabo Jane Lynch —actriz emblemática de las producciones de Christopher Guest y de Judd Apatow—, como la malvada entrenadora de las cheerleaders). Esta comedia musical, decía, acierta, a pesar de todas sus fallas, donde tantas otras fracasaron porque se toma en broma su trama pero muy en serio su música. Y lo más importante es que esa seriedad no está exenta de humor. La narración, amiga frecuente del absurdo, muestra al coro

Si el movimiento se demuestra andando, *Glee* no solo camina, sino que también baila y canta. Y, mientras lo hace, reparte felicidad como si fuera un refresco lanzado al rostro de cada espectador.

entonando "Proud Mary" mientras bailan en sillas de ruedas, o deja que los chicos canten libremente por los pasillos del colegio un tema de la reina del pop sorteando decenas de madonnas de todas las épocas.

Si el movimiento se demuestra andando, *Glee* no solo camina, sino que también baila y canta. Y, mientras lo hace, reparte felicidad como si fuera un refresco lanzado al rostro de cada espectador.

SMASH NUNCA ES FACIL CONVERTIRSE EN ESTRELLA

En su rol de productor, y aprovechando el impulso al musical dado por *Glee*, este año Steven Spielberg puso al aire *Smash*, una propuesta más convencional, por la cadena NBC. La serie, apegada a los temas y situaciones propios de los musicales clásicos del cine (aquellos en los que se retrataba de alguna manera la vida de los artistas, los ensayos de los espectáculos, las bambalinas y los shows mismos), relata el proceso de realización de una obra de Broadway, desde la idea germinal, pasando por el casting y la creación de canciones, hasta la lucha por conseguir financiamiento, los *work-shops* para mostrarles los avances a críticos e inversionistas, y las desavenencias entre actores, director, productores y guionistas. La narración está pegada en particular al personaje de Karen Cartwright, una joven provinciana que lucha por conseguir sus primeros papeles en Nueva York mientras se mantiene trabajando de mesera. Este papel es interpretado por Katharine McPhee, finalista de la quinta edición de *American Idol*. La versatilidad de su actuación no está a la altura de la de su voz pero, por suerte, la han rodeado de un gran elenco: Anjelica Huston en el rol de la intrépida productora, Debra Messing (*Will & Grace*) como una de las compositoras, y Jack Davenport (*Coupling*), quien interpreta a un director insufrible y ególatra.

Los temas de Scott Wittman y Marc Shaiman, creados especialmente para la serie, merecen para sí cualquier elogio o premio que este programa pueda conseguir. Canciones como "Let Me Be Your Star", "On Lexington & 52nd Street", "The 20th



Century Fox Mambo”, “History Is Made at Night” y “A Thousand and One Nights” no solo son buenas, sino que homenajean lo mejor de la tradición musical de Broadway, y lo hacen con ingenio y estilo. Si bien el humor no está totalmente ausente, *Smash* prefiere combinar el musical con el drama, y apunta a una audiencia adulta. Las mezquindades del *show-business*, los triángulos amorosos, el adulterio y la ambición son tópicos recurrentes. Se pone especial cuidado en transmitir una estética realista al filmar en locaciones reales, al aludir a

personalidades del ambiente teatral y al justificar todos los números musicales desde la historia misma.

La propuesta, diferente a la de los jóvenes *losers*, es atractiva aun cuando se vuelve monótona de a ratos, porque la mezcla de lenguajes artísticos (el relato televisivo de un espectáculo teatral) es un desafío narrativo que implica un amplio conocimiento tanto de uno como de otro medio. *Smash* no siempre cumple, pero al menos lo intenta.

Marina Locatelli



1, 2, 3, probando

¿Qué tienen en común Alice Cooper, Cole Porter, los Beatles, Charlie Chaplin, Lady Gaga, One Direction y Kiss? Todo hace suponer que bien poco y, sin embargo, todos ellos han pasado por *Glee*. Bueno, ellos no: sus canciones. Es que allí hay un poco para cada gusto, y debido a eso más de un rockero recalcitrante ha caído en la telaraña de esta serie, que propone felicidad a cientos de amantes de la música. Desde las melodías más tradicionales del musical americano hasta el último hit de la banda más nueva, si los chicos de *Glee* interpretan las canciones, el éxito está asegurado.

Muchos artistas ceden voluntariamente sus canciones al programa porque la serie se ha convertido en una forma eficaz, casi viral, de publicitar música. Otras veces, los publicistas de las discográficas ofrecen a los productores de la serie temas que aún no han salido a la venta. Se han editado más de 7 discos con las canciones interpretadas en la serie, y hasta octubre del año pasado se habían vendido 36 millones de sencillos digitales y 11 millones de discos.

Por todo esto no resulta extraño que la lista de estrellas invitadas en el programa sea cada vez más larga: Neil Patrick Harris, Gwyneth Paltrow, Britney Spears, Idina Menzel, Kristin Chenoweth, Jeff Goldblum, Sarah Jessica Parker, Kate Hudson, entre otros. El marketing de *Glee* no ha dejado cabo suelto: además de los dvd y blu-ray de cada temporada y de todos los álbumes editados, hay una serie de libros para adolescentes, una aplicación para iPad, tres juegos de karaoke para Wii, conciertos, una película, un reality llamado *The Glee Project* y hasta una marca de ropa. Ya no hay dudas: *Glee* no sólo es una serie televisiva exitosa. Es un fenómeno comercial rotundo.